

SOBRE LA VIOLENCIA: ORÍGENES Y ANTÍDOTOS

*Eduardo Vásquez**

Universidad Central de Venezuela
Caracas-Venezuela

eduardovasquez@cantv.net

Resumen

Se analiza el origen y las causas de la represión, la relación entre represión, moral y religión. Se expone la postulación de la educación y la moral contra la violencia y la barbarie y, por último, la banalidad del mal y la ausencia de pensamiento.

Palabras clave: violencia, represión, disciplina, obediencia, cultura, educación, moral.

REGARDING VIOLENCE: ORIGENS AND ANTIDOTES

Abstract

It is analyzed the origin and causes of repression, the relation among repression, moral and religion. It is expounded the postulates of education and moral against violence and barbarism and, final, the banality of evil and the absence of thought.

Key words: Violence, repression, discipline, obedience, culture, education, moral.

1. El tema de la violencia que se ha propuesto para la reflexión es muy amplio. Trataremos de cernirlo en varios sectores, necesariamente breves. El primero, lo titularemos represión y cultura; el segundo, enfocará las consecuencias de la represión; el tercero planteará la relación entre cultura, educación y eliminación de la violencia y el cuarto se referirá a la relación entre moral y violencia:

Entre los filósofos, nos parece que el que plantea el papel que desempeña la represión en la formación cultural es Hegel. La plantea en la *Fenomenología del Espíritu* en la sección conocida como ‘amo – esclavo’. Se suele destacar

* Eduardo Vásquez. Doctor en filosofía. Profesor jubilado de la Universidad Central de Venezuela. Autor de numerosos libros y artículos publicados en revistas filosóficas nacionales e internacionales..

mucho esa relación en cuanto a la lucha por el reconocimiento, pero no se ahonda en lo que ocurre cuando el esclavo trabaja para satisfacer las necesidades humanas. El trabajo, dice Hegel, es «apetencia *reprimida*, desaparición contenida, el trabajo *forma*». Por el miedo al amo, que puede darle la muerte, el esclavo no destruye inmediatamente al objeto, sino que lo elabora, le da forma. Para esto, tiene que reprimirse, actuar sobre sí mismo para contener su apetencia. El miedo al amo lo obliga a esto: hace contra sí mismo lo que el amo hace contra él. Pero formando el objeto, el esclavo se forma a sí mismo. El objeto, al ser elaborado, no desaparece, sino que se mantiene, y el esclavo, por su parte, al dominar su instinto de destrucción, al tener poder sobre sí mismo se educa. Se forma o se educa como un ser libre; esto no se lograría, dice Hegel sin la disciplina del servicio y la obediencia. El temor aquí no es algo meramente psicológico, sino que obliga al esclavo a reprimirse, a no destruir el objeto, a elaborarlo, a desarrollar técnicas efectivas para la producción; el temor, por esto, se propaga a la realidad consciente de la existencia. Hegel condensa todo lo anterior en esta breve fórmula: «El trabajo libera». El trabajo arranca al hombre del dominio que tenían sobre él las fuerzas naturales y, de este modo, lo iguala con el amo. Cada uno se reconoce como igual. Tanto Amelia Valcárcel como Fukuyama se equivocan en sus análisis de la relación amo – esclavo, pues la sentencia que aparece en los campos de exterminio nazis (*Arbeit macht frei*) para engañar a la víctimas nada tiene que ver con el trabajo que conduce al hombre a la libertad, y la lucha por el reconocimiento finaliza al producirse la libertad y la igualdad, para formar la sociedad civil.

La violencia, entendida como la muerte que el amo puede darle al esclavo, obliga al esclavo a trabajar y a reprimir (o hacer violencia contra sí mismo) sus impulsos naturales. Ella desempeña un papel fundamental e imprescindible en la formación cultural de los hombres.

2. La cultura se asienta, pues, en la represión, en la violencia que los hombres hacen contra su propio yo, su yo natural. Lo que analiza Hegel podemos encontrarlo también en la religión. El discípulo de Jesús debe desprenderse de todo, de sus posesiones, de sus instintos. Para hacerse hombre, el hombre debe ahogar en él los deseos del instinto, las debilidades y las reivindicaciones del yo. El que logra decir, como Pascal, «el yo es odioso» se conforma con el imperativo de altruismo del Evangelio. Según Steiner, ese imperativo que exige la represión es «la sustancia misma de la ética cristiana, de la vida del justo».

Sin embargo, esa represión, ese decreto de muerte contra el yo natural, no destruye las fuerzas más primitivas que yacen en el hombre. Siempre, según George Steiner, la hecatombe que se produjo con los campos de exterminio tiene su origen en una venganza de los reprimidos contra los judíos. Eliminando a los judíos «la cultura occidental eliminaría a aquellos que habían *inventado* a Dios y que se habían convertido en los heraldos de su insoportable Ausencia». La crítica a la entronización de un Dios único es el *más monstruoso error humano*, dice Nietzsche, y la libertad del espíritu humano y su pluralidad creadora se encuentran en el politeísmo. Hasta el mismo Freud, quién sabe por cuáles razones, intenta quitarle a su pueblo ese pesado fardo de gloria al atribuirle a un príncipe egipcio la invención del monoteísmo. El tipo de moralidad emanado de la civilización judío – cristiana lo trató de extirpar de su organismo y de su herencia la civilización europea. La jerga nazi popularizó términos como «gusanos», «limpieza», que revelan que la moralidad es de naturaleza infecciosa. Hitler expresó su concepto de la moralidad en los siguientes términos: «La conciencia es un invento judío».

Habría pues que acabar con la moral judío – cristiana, liberar al hombre de la represión. Voltaire pensaba que, aplastando al infame, esto es, a la religión, entraríamos en una época de paz, de justicia social. Había que inventar una moral laica, despojada de la idea de Dios único, que castiga y condena. El derecho, la moral, humanizados, pondrían fin a la violencia y restaurarían a los hombres en la totalidad de su ser y de su libertad.

Pero también el Dios del Antiguo Testamento es un Dios inclemente, que ordena exterminar a los enemigos: «... y cuando Yahvé, tu Dios, los haya puesto en tu mano y tú los hayas derrotado los destruirás por completo; no pactarás con ellos, ni les tendrás compasión». Y sigue ordenando Yahvé que no debe haber matrimonios con los enemigos del Dios de Israel; en vez de ello ordena a sus fieles: «derribareis sus altares, quebrareis sus piedras de culto, cortareis sus ascheras y quemaréis sus imágenes talladas» (1)

No hace falta referirse a Marx y Feuerbach cuyas teorías sobre la alienación religiosa, causa de la pérdida de la libertad de los hombres, son harto conocidas. Durante todo el siglo XIX y a comienzos del XX se acusó a la religión cristiana de producir el malestar en Occidente.

3. Para cambiar esta situación el ateísmo surgido con la Ilustración confiaba en la educación. Para los jacobinos la escuela sería el templo moral y el fórum

de un pueblo. La educación, la cultura humanística, harían mejor a los hombres, asegurando un progreso en la eliminación de la injusticia, causante de la barbarie y la violencia.

Esta tesis parece descansar en la concepción de Sócrates según la cual conocer lo bueno es realizarlo. El malvado lo es por ignorancia del bien, si conoce el bien, tendrá que cumplirlo. La educación y la formación moral son postulados de la Ilustración para lograr la formación humana del hombre. Gracias a este desarrollo científico y moral la barbarie sería una pesadilla del pasado.

Sin embargo, occidente ha hecho la experiencia de ver a hombres cultos apoyar la barbarie, las cárceles, las torturas. Los progresos técnicos, si bien significan un avance para satisfacer necesidades, sirvieron a la barbarie para aniquilar más rápida y eficazmente a seres humanos. Países de alto nivel cultural utilizan el hambre y la tortura como medios de acción política.

Resumiendo lo dicho hasta ahora: cabe pensar que no es posible atribuirle a la religión el origen de la maldad, y, por otra parte, la educación y la formación moral no han construido una barrera sólida contra la barbarie. Tanto la moral del cristianismo como la del kantismo se basan en la represión de los malos instintos, de los impulsos naturales. El yo posee principios morales que entran en oposición y lucha contra fuerzas que, dejadas en libertad, aniquilarían la comunidad humana. El yo moral tiene la fuerza suficiente para oponerse a los impulsos antisociales. La conciencia es un escenario de lucha y la «buena conciencia» lo es por su triunfo sobre la maldad, o puede también convertirse en «mala conciencia» cuando se deja arrastrar por la maldad.

4. Sin embargo, Hannah Arendt ha desarrollado la tesis según la cual estos aspectos de la conciencia, esta dualidad, puede no existir en algunos grandes criminales. Como testigo del juicio de Adolfo Eichmann en Israel le causó un gran impacto que «en el culpable había una falta de profundidad evidente, de tal modo que no se podía hacer remontar el mal incontestable que organizaba sus actos hasta el nivel más profundo de las raíces o de los motivos». Solemos, no solo nosotros, sino también los filósofos y teólogos, buscar el origen del mal en algo perverso, y hasta demoníaco, que existe en nosotros. Hasta se ha hablado del «mal radical», pero viendo a Eichmann, H. Arendt no encuentra esa fuente; Eichmann es un hombre corriente, pero es un hombre que no piensa, que no reflexiona. No piensa en lo que hace, es incapaz de tener una mala conciencia, pues, como dice H. Arendt sólo las buenas personas son capaces

de tener mala conciencia. La gente verdaderamente mala, los criminales, son los que suelen tener «buena conciencia». Se puede hacer el mal, y el mayor mal posible, sin tener en la conciencia ni en el pensamiento una representación del mal que se está haciendo ni una justificación para hacerlo. Fue a esto a lo que llamó H. Arendt «la banalidad del mal». Es algo fáctico, no es una teoría ni una doctrina, ni puede ser vinculado a una perversidad, a alguna patología o a una convicción ideológica de Eichmann. Este no era ni monstruoso ni demoníaco. Atribuye el comportamiento criminal a una «curiosa y auténtica incapacidad de pensar». Era curioso ver a un hombre en la situación en que lo que antes consideraba un deber era ahora un crimen. Aceptaba sin ninguna reacción reglas absolutas diferentes, tenía un repertorio de lugares comunes, pero cuando en una situación nueva no podía aplicarlos se encontraba completamente perdido. Nunca tuvo el menor sobresalto ante los interrogatorios contradictorios e inconsistentes a que se veía sometido. En fin Eichmann era incapaz de pensar. Pero, cabe preguntarse, ¿no es ésta la mayor monstruosidad a la que puede llegar un ser humano? Eichmann carece de conciencia negativa, esto es, la conciencia que nos dice lo que no debemos hacer o que nos atormenta por lo que no debimos hacer.

NOTAS

1. Deuteronomio, 7. Antiguo testamento. Edición Ecuménica. Barsa, 1980, pág. 142
2. Dans le Chateau de Barbe-Bleue. Notes pour une redefinition de la culture. George Steiner. Gallimard. 2000
3. Le Vie de l'esprit – Hannah Arendt. Puf. 1999.